



Foto de portada y contraportada: Camilo Rozo

El hombre que supo escuchar

ALFREDO MOLANO BRAVO, 1944-2019

-Pág. 04-

Explicar el conflicto para terminarlo

Por Rodrigo Pardo

-Pág. 05-

El campesinado fue su bandera

Por Marcela Rosero

-Pág. 06-

Molano en la Comisión de la Verdad

Por Marta Ruiz

-Pág. 07-

Allá en la perraperdía

Por Mario Jursich

De Trochas y fusiles

Limpios y comunales

Por Alfredo Molano Bravo

Este es un fragmento del segundo capítulo del libro *Trochas y fusiles* (1994) de Alfredo Molano. Agradecemos a la editorial Penguin Random House la posibilidad de publicarlo en esta revista.

Los Marín

La violencia no le dio tregua ni a él [Manuel Marulanda] ni a ninguno de nosotros. Se echó a oír de muertos en la zona. Que en la vereda tal amanecieron unos apuñalados, que mataron a fulano en tal sitio, a mengano en tal otro, que incendiaron no sé qué casa. Hasta que los muertos llegaron a El Dovio. Un domingo como a eso de las once de la mañana, cuando la plaza de mercado hervía, se oyeron vivas al partido liberal y en seguida, como si se hubieran puesto de acuerdo, vivas al partido conservador. Vivas a Gaitán y vivas a Laureano, vivas a López y vivas a Mariano, un contrapunteo peligroso, más peligroso aún por el calor que estaba haciendo aquel día. Sin saber cómo, comenzaron a volear paneles los que tenían panela, botellas los que vendían cerveza, yuca y plátano los que negociaban con bastimento. Una batalla campal. Al final de la fiesta quedaron cuatro muertos y doce heridos, todos a cuchillo. Al día siguiente comenzaron los rumores de que Lamparilla y Pájaro Azul iban a tomarse el pueblo. Pedro [Marulanda] se fue saliendo porque su idea era hacer moneda y porque además habían matado a su tío José.

Salió con muchos liberales que también huían de la policía y de los pájaros. El Águila, municipio del Valle, se convirtió en el terror porque de allí salían los pájaros más acérrimos, más sectarios y más asesinos. Se sabía que los pájaros eran conservadores, pero no sabíamos que eran pagados por el gobierno, aunque todo el mundo lo sospechaba. De El Dovio salió para Betania, trabajando todavía con la idea de montar un negocio. Allí llegó mucha gente, porque todos tenían la misma ilusión y, claro está, llegaban a la misma parte.

En Betania corrían muchas especies: que los godos, que la policía, que los muertos de tal parte, que los de tal otra, que por aquí, que por allí. En fin, el mismo disco con la misma sangre. Pedro, seguro, decidió quedarse en Betania. Tal vez porque vio que todo andaba igual o por eso que siempre le pasa a uno: que piensa que porque uno está trabajando honradamente —como le han enseñado—, a uno no le pueden hacer nada, ni nadie lo puede atropellar, ni nadie lo puede asesinar. Nosotros recibimos esa educación sana, en el trabajo, y pues uno no desconfiaba de nadie y menos de las autoridades, del señor alcalde, del señor agente. No, eso era imposible.

Al poco tiempo el anuncio se hizo verdad. Llegó Lamparilla con Pájaro Azul a Betania, acompañado de varios tipos mal encarados y bien armados. Venían borrachos, con las bandoleras llenas de parque, montados en buenas bestias. Echaban tiros y vivas al partido conservador y a Laureano. Serían veinte o treinta. La gente comenzó a preguntarse por la policía y llamaron al gobernador para ponerle de presente lo que pasaba. El gobernador mandó arrestar a Lamparilla y a Pájaro Azul, pero dos horas después el alcalde de El Dovio lo hizo soltar y los tipos siguieron la juerga. A la salida se trastiaron a los seis policías que había en la cárcel y con ellos se tomaron El Dovio.

Después llegaron a Betania y luego a El Dovio trescientos jinetes armados que asesinaron más de cien personas. Nunca se sabía cuántos liberales caían. Quemaron y saquearon todo el comercio. Policía no había en ninguno de los dos pueblos porque estaban de a caballo obedeciendo órdenes de Lamparilla. A los pocos días cayeron también sobre La Tulia y El Naranjal. Los muertos se iban sumando y los nombres de los bandidos también. Lamparilla, que había sido liberal y se volvió el peor enemigo nuestro, fue el primero que se oyó mentar; después fueron Pájaro Azul y el Vampiro,

luego Pájaro Verde y el Veinticinco, el Sesenta y Nueve, el Treinta y Dos. Cada cual tenía su placa, como los carros, y en ella escritos su especialidad y el número de finados que cargaba en los dedos.

De Betania salió Pedro huyendo también, con una procesión larguísima. Los caminos entre La Primavera y Roldanillo, entre El Dovio y Roldanillo, entre El Naranjal y La Primavera, se llenaron de perseguidos. Gente con sus cuatro chinos y sus dos gallinas; otros escoters, porque no habían tenido tiempo de sacar ni a la mujer. A Roldanillo llegó todo ese mundo de familias empujadas por el miedo. Lo que a la gente le dolía era que las autoridades tenían las manos untadas con esa sangre que se comenzaba a regar.

En Roldanillo los esperaba la gran sorpresa. Miles de familias durmiendo en la plaza, en los corredores, en el atrio de la iglesia. Cocinando en cualquier fogón, guareciéndose con cualquier hule. Todos pidiendo al gobierno una solución, una intervención en contra de los bandidos. La gente necesitaba volver a sus fincas porque muchos habían dejado sus hijos y su mujer, sus maridos, y las cosechas y los animales, y finalmente la tierra. Todo abandonado a la buena de Dios, o de los conservadores, que a veces parecía lo mismo de tanto poder que tenían. Todo mundo quería volver. El alcalde de Roldanillo citó a una reunión y dijo que el que quisiera volver podía volver siempre y cuando firmara un certificado en el que renunciaba —como Lamparilla— a su cuna liberal y se comprometía a votar por el partido conservador. Era una verdadera cédula, un salvoconducto: quien no lo tuviera era liberal, y a los liberales se les quebraba sin preguntarles quiénes eran. El papelito resultaba requisito para volver por la familia y sin tenerlo en el bolsillo no se podía trabajar la tierra. Era todo: título de propiedad, recomendación, seguro de vida. Muchos, pero muchos, tuvieron que firmar, o mejor, poner su huella.

Marulanda comentó después que desde ese día dejó de creer en la policía y en las autoridades. Lamparilla dejó de ser un funcionario público. Así comenzaba uno a enterarse de que algo grave estaba pasando, algo que nunca había pasado antes. La cosa era oficial, no eran especies que corrieran. El rompecabezas comenzó a armarse, y la gente también.

★

Un domingo, como a las nueve de la mañana, después de una noche en que llovió hasta el mundo de enfrente, se presentaron unos campesinos sin resuello. Temblaban de arriba abajo, venían engarzados y no podían hablar sino por señas. Señalaban para el

lado de Tuluá. Cuando se calmaron nos contaron que había habido una masacre en el puente de San Rafael, sobre el río Tuluá, en la bodega de los Arias; que los muertos eran más de veinte y que seguían matando al que llegara, porque lo que habían instalado los señores conservadores era un matadero de liberales. Los Arias eran unos comerciantes liberales muy poderosos que tenían unas bodegas al lado del puente y que compraban todas las cosechas de ese sector: café, plátano, yuca, maíz, frijol, panela. Ellos eran los grandes compradores y vendían al fiado todo lo que los campesinos necesitaban. Eran tan fuertes que competían con los comerciantes de Ceilán. El punto era llegadero de personal de toda esa región. Los domingos se reunían ahí los quinientos, los mil campesinos.

Los pájaros —y ya a esas alturas se contaba entre ellos a la policía, a los guardias de rentas, a los soldados del batallón, a los detectives, al personal de la alcaldía, al alcalde y a todos los conservadores, buenos

“De las esquinas del pueblo, del atrio y de la torre, del techo de la alcaldía, de todos lados salía plomo, y siguió saliendo toda la noche”

y malos— habían llegado hacia las tres de la madrugada. Se puestearon en el puente, en las bodegas y en los caminos que ahí se encontraban. A las cinco, cuando comenzaron a llegar los campesinos, los fueron reuniendo frente a la bodega. A las siete ya había más de veinte. Los asesinaron a bala y machete. Comenzaron por los señores Arias. Primero los mataban y luego les cortaban la lengua, o las güevas, un dedo o una oreja. Los asesinos hicieron un cerro con marcas personales para poder cobrar, porque todos esos trabajos eran pagos.

De Ceilán se mandó una comisión a investigar. Ahí iba Marulanda. No pudieron llegar porque hacia arriba subían los godos «mermando la diferencia», como ellos mismos decían. En realidad, en esos sectores no necesitan preguntar quién era liberal; podían disparar a lo que se moviera. En el puente, hacia las once, hicieron otra matazón de todo el personal que llegaba a remesar. Eran tandas como en los mataderos de los pueblos grandes, que no matan al mismo tiempo para que la carne salga siempre fresca. El río Tuluá duró varios

Foto: archivo particular



días corriendo rojo y desde Ceilán vimos los chulos revolotear una semana entera. Los perros, todos, cogieron camino para el puente de San Rafael. Por eso los godos se pudieron meter a Ceilán. No había quién les ladrara.

Las noticias que la comisión trajo nos pusieron a temblar y a llorar por adelantado. El terror subía en masa por esos caminos. Redoblamos la organización y las comisiones de vigilancia. En vez de cincuenta, nos contamos quinientos. Todos decididos a pelear. Las noches pasaban en vela y en el día no había ni ruidos. Todos esperando, mirando por entre las rendijas de la plaza o del potrero a ver por dónde llegaba la pajaramenta. Pasaba el tiempo y esos malparidos no se hacían presentes.

Una mañana apareció una avioneta botando hojas volantes. El gobierno anunciaba que iba a arreglar el problema, que había ordenado una investigación sobre lo ocurrido en el puente de San Rafael, que las fuerzas armadas y la policía mantenían el control del orden público y que se confiaba en nuestra comprensión y apoyo. La gente, desconfiada al principio, terminó por creerle al gobierno. Tenía miedo. Era muy débil y siempre había respetado la autoridad. Salió de las trincheras, se acomodó de nuevo en sus casas, bajó la guardia y se acostó a dormir sobre la palabra del gobierno. Muchos bajaron al puente de San Rafael: los perros seguían peleando con los gallinazos.

Cuando todo había vuelto a calmarse, una tarde se desató semejante aguacero de

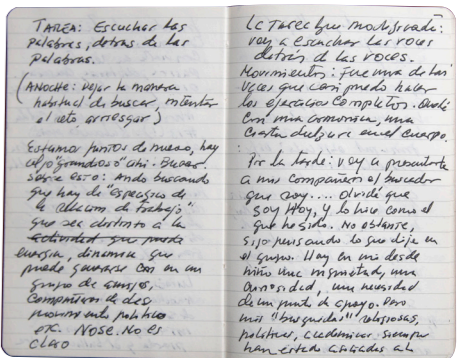
bala. De las esquinas del pueblo, del atrio y de la torre, del techo de la alcaldía, de todos lados salía plomo, y siguió saliendo toda la noche. Los vecinos corrían de un lado para el otro, la guardia cívica hizo ochenta disparos, contados, porque era el parque que había. La gente salió corriendo para afuera, a esconderse en el monte. Salían mujeres, unas con zapatos, otras sin zapatos, unas con niños y otras con marido. Mejor dicho, hasta los tullidos corrían. A las dos de la mañana el pueblo era una sola llama, desde la plaza hasta el cementerio. A las cinco llegaron seis camiones y cargaron con todo lo que servía.

Marulanda salió también para el monte y se estuvo por allá guarecido un tiempo. Decía que si a él lo cogían los godos, calculadamente lo salían matando. Pero nunca a nadie le quiso decir qué era lo que había hecho esa noche. Él en eso era muy delicado.

Pasó un buen tiempo en que nadie volvió a saber de Pedro [Marulanda]. Sabíamos que no lo habían matado porque el tío Manuel se veía contento y confiado. Después supimos que él lo alimentaba y le llevaba orientación. Ya en esas Marulanda había hecho promesa de levantarse en armas porque, según el tío, la dirección liberal preparaba, con ayuda de varios generales, un golpe de Estado para no dejar posesionar a Laureano Gómez. Él confió en ese cuento. El golpe, tal como estaba planeado, sí lo dieron, pero al final del gobierno y no al comienzo. Nos hubieran ahorrado mucha sangre. ★

Más dudas que certezas

LA GENTE SUELE pensar que ser hijo de Alfredo Molano obliga a ser un experto en su obra, que lo lógico es que uno sepa la historia detrás de cada párrafo y la razón de cada punto y coma. En alguna ocasión, atafagado por las preguntas de los curiosos, me prometí que mientras él viviera dedicaría mi tiempo y energía a mirarlo, a acompañarlo, a gozármelo. Apenas he leído cinco o seis de sus veintisiete libros. Entre otras porque veía su impaciencia cuando algún insaciable lector hurgababa sobre pasajes de sus escritos, o cuando lanzaban interpretaciones descabelladas. En más de una ocasión, ante el impulso de leerlo para preguntarle sobre cómo había sido tal o cual pasaje, construí el mantra/calmente de que lo que me correspondía en ese momento era disfrutar su vida, preguntarle de historia, de geografía, por un árbol o algún olor, porque para leerlo tendría el resto de mi vida. Y como el destino es chambón, como él mismo diría, hoy siento el impulso doloroso de querer preguntarle cómo fue que escribió la historia de Marulanda, si fue solo a partir de sus relatos, de los de varias personas, o en qué época le contó su historia. Preguntas, tantas preguntas que quisiera hacerle y que tendré que responderme en adelante intuyendo sus pasos.



Páginas internas de una de las últimas libretas que Alfredo Molano Bravo usó para trabajar.

Foto: Diana Rey Melo

Por Alfredo Molano Jimeno

Alfredo es historiador y periodista político del diario *El Espectador*.



Sus permanentes recorridos por el campo lo convirtieron en una especie de vocero de las realidades del territorio.

Historiador, sociólogo y periodista

Explicar el conflicto para terminarlo

Las grandes historias de Alfredo Molano no fueron los relatos ciudadanos que atrajeron a sus colegas de la academia, ni el destino de los líderes más poderosos. Lo único que le interesó fueron las vidas de la gente del común.

Por Rodrigo Pardo

Director editorial de la revista *Semana*

El aporte de Alfredo Molano Bravo a Colombia fue muy valioso: le ayudó a conocerse a sí misma. El país violento de la segunda parte del siglo XX, el del comienzo del XXI, la mentalidad de los colombianos y las características del país rural —tan desconocido en su contraparte urbana— han desfilado por las aulas universitarias y por las principales bibliotecas de la mano de sus escritos. En la obra de Molano, que es extensa, pueden reconocerse tres autores —el historiador, el sociólogo y el periodista—, que se complementan y forman parte de una visión integral que reúne todos los campos en los que innovó y ejerció un reconocido liderazgo. Ese Molano completo fue quien, en distintas épocas y diversos géneros, hizo una contribución fundamental a la construcción de una visión profunda de la realidad nacional.

Molano, entonces, fue un innovador. Fue un historiador que dejó el lenguaje adornado y formal que casi siempre había caracterizado a sus antecesores. Sus relatos sobre La Violencia son de fácil lectura. Algunos parecen de ficción, pero en realidad son una explicación detallada de los móviles que condujeron a los enfrentamientos entre liberales y conservadores. Y todos comparten una característica que acompañó al autor a lo largo de su vida: una sensibilidad especial por lo rural. Sus permanentes recorridos por el campo lo convirtieron en una especie de vocero de las realidades del territorio que no habían sido objeto de gran interés en las capitales. A Molano lo fascinó siempre la historia del “otro” país: el campo, los campesinos e, inevitablemente, la violencia. Las grandes historias de las que se ocupó no fueron los relatos ciudadanos que atrajeron siempre a sus colegas de la academia, ni el destino de los líderes más poderosos. Se sentía más a gusto con las historias de la gente común.

El segundo Molano fue el sociólogo. El autor riguroso y profundo, que conoció a fondo la realidad nacional y la difundió en sus clases y textos. El profesor que pasó por las principales aulas de Colombia y de otros países —sobre todo de Francia— en busca de mejores conocimientos en sus disciplinas académicas. Como académico no renunció a imitar estilos de otros colegas; tampoco a encontrar un camino propio para analizar los hechos y construir sus relatos. Por su labor en ese campo, en 2014 recibió un doctorado *honoris causa* en la Universidad Nacional de Colombia.

Y hubo un tercer Molano: el periodista. En 2016 recibió el Premio Simón Bolívar a la vida y obra, el reconocimiento más importante al oficio en Colombia. Su trabajo fue amplio y profundo. En especial, se destacó como cronista y como columnista por sus textos dominicales publicados en *El Espectador*. El Molano columnista fue un complemento al que se movió por los

campos de la sociología y la historia, que le apuntó, sin embargo, siempre a los mismos objetivos: a que la sociedad colombiana pudiera conocer mejor su propia realidad y a transmitir un

“A Molano lo fascinó siempre la historia del ‘otro’ país: el campo, los campesinos e, inevitablemente, la violencia”

mensaje sobre la necesidad —y la posibilidad— de terminar el conflicto armado y reemplazarlo por la política.

En ejercicio de su profesión, siempre estuvo cerca de los procesos de diálogo y negociación entre grupos armados y diversos Gobiernos. Molano fue un entusiasta partidario de buscar la paz mediante el diálogo, y su aporte a un mejor entendimiento de estos fenómenos se dio por medio de una característica propia y determinante de su trabajo: su familiaridad con el país rural y, a la vez, su conocimiento académico sobre la realidad nacional. También fue un valiente estudiante del paramilitarismo y sus tenebrosos avances en los Llanos Orientales.

Como innovador, académico y periodista, Molano conoció a fondo el país rural de una forma que no hace la mayoría de sus colegas. Y perteneció a esa escuela de académicos que no considera su trabajo una simple forma de reconstruir el pasado o narrar lo sucedido. Molano vio en lo que hacía un motor para conducir a la sociedad hacia objetivos deseables; en especial, hacia la búsqueda de la paz y el fin de la lucha armada. Este fue, en últimas, el fin que persiguió hasta su muerte.

En su última etapa, Molano entró a formar parte de la Comisión de la Verdad, creada a raíz de los acuerdos de paz firmados entre el Gobierno de Juan Manuel Santos y las Farc, y allí estaba a cargo de zonas por las que había caminado exhaustivamente en sus tareas de investigación y reportería. El pasado 31 de octubre murió de un paro cardíaco y dejó cerca de treinta obras, en su gran mayoría sobre la guerra y la paz en el país, además de columnas y el trabajo que había iniciado en la Comisión. Molano conoció a fondo las realidades del país rural, de los grupos armados y de las situaciones de conflicto, porque consideraba que era indispensable para lograr su objetivo final: explicar el fondo del conflicto para estimular su terminación. A eso le dedicó su vida: a explicar que la guerra no tiene sentido. ✦

Territorios y comunidades

El campesinado fue su bandera

Hay personas que ven en las regiones de Colombia una imagen idílica, porque desconocen los conflictos que las recorren. Alfredo Molano contó esos conflictos. Una líder social habla de su relación con el escritor en su último año de vida.

Testimonio de Marcela Rosero

Integrante del Proceso Campesino y Popular del municipio de La Vega, que forma parte del Proceso de Unidad Popular del Suroccidente Colombiano y del movimiento Marcha Patriótica. Entrevista y edición de Jeanneth Valdivieso, de La Liga Contra el Silencio.

Al comienzos de diciembre de 2018, Alfredo Molano visitó por última vez La Vega, en el sur del Cauca. Hizo detener el carro para que le tomaran una foto. Estaba contentísimo. Ahí estaba la piedra, que por un lado decía: “Usted está en la Zona de Reserva Campesina del Macizo colombiano”. Por el otro, decía: “Que fluya el agua, que florezca la vida. No a la minería”. Le tomé una foto, y con su celular pidió que nos tomaran otra a los tres: a él, a Óscar (Salazar, líder campesino de La Vega) y a mí. Después una más a los dos.

A veces, con personas como él... la gente lee mucho sobre ellos y los ven como personajes encumbrados. Como nunca había leído sobre él, ni sus libros, cuando lo conocí el tipo de relación que entablamos fue más bien de amistad. Fue un cómplice con quien compartíamos historias de lo que se vivía en el Cauca, de las luchas del campesinado por resistir al despojo y de la exclusión histórica que lo mantiene en una situación de violencia.

Nos conocimos en 2011. Estábamos en La Vega en unas asambleas comunitarias para expulsar a unos mineros que habían llegado de Antioquia, el Urabá, Cauca y Puerto Berrío. Después salimos de La Vega a Popayán. Al otro día me llamó Óscar para pedirme que nos regresáramos a La Vega, que venía un periodista con una amiga. Era él. En el camino a La Vega, que son como cinco horas porque en ese tiempo la carretera era toda destapada, fuimos contándole la historia de la violencia en el Cauca.

Esa vez hizo un reportaje sobre el macizo colombiano y la problemática minera en La Vega y un municipio que queda al lado que se llama La Sierra. Él no grababa. Anotaba mucho en una de esas libretitas pequeñas con las que siempre andaba. Les preguntó muchas cosas ahí a varios compañeros y compañeras sobre cómo habían entrado a La Vega la Anglogold Ashanti y la empresa Carboandes. Después fui con él hasta un río que se llama

el Esmita a mirar cómo lo habían desviado por el montaje minero.

El macizo es una región famosa por la riqueza hídrica y la diversidad biológica y cultural, de las que muchos han escuchado hablar, pero que pocos realmente conocen. Se ve el macizo como algo idílico, pero se desconocen los conflictos que ahí se viven. Alfredo contó esos conflictos.

Siempre estaba muy pendiente de lo que pasaba acá. Cuando estábamos conformando el comité para la consulta popular de iniciativa ciudadana contra la minería, él había escuchado que habían matado a una lideresa. Me llamó antes de la seis de la mañana. Me preguntó qué había pasado. Le dije que a una señora la habían matado y que después de matarla le arrancaron el rostro. Estaba horrorizado. Me dijo: “¿Qué más pasó?”. Le respondí: “Nos amenazaron. Nos declararon objetivo militar”. Ahí me dijo: “Escuche bien lo que le voy a decir: levántese, báñese la cara bien, tome tinto y póngase a escribir ya. ¿Me escuchó?”. Me dio dos horas para escribir lo que había pasado y usó eso para un artículo que publicó en *El Espectador*, que se llama “Para ver florecer la tierra”.

Siempre me estaba preguntando cómo estaba la situación acá, y yo le contaba. Le contaba cómo estaba la minga, sobre la cantidad de asesinatos de líderes, sobre el asedio que había otra vez de las grandes empresas mineras y de los que se hacían pasar por pequeños mineros. Le contaba las acciones de control territorial que se hacía para sacarlos.

La última vez que fuimos a La Vega nos tocó dar la vuelta por donde en 1991 ocurrió la masacre de Los Uvos [perpetrada por militares; murieron diecisiete personas, incluidos líderes del Movimiento Comunal e Indígena]. Él referenciaba lo de la masacre, pero no conocía y paramos ahí. Él sabía muchas cosas del Cauca; era como compartir cosas. Ese viaje él se lo disfrutó mucho. Todo el tiempo fuimos cruzando las



Alfredo Molano junto a los líderes campesinos Óscar Salazar y Marcela Rosero

montañas; vio cómo las nubes se levantaban y cómo fue amaneciendo. Iba fascinado.

Su afán era que se hiciera un trabajo articulado desde la Comisión de la Verdad, sobre todo con la Mesa Campesina Cauca, que es la que ha abanderado el reconocimiento del campesinado. En la última minga del suroccidente, que era indígena y campesina, logramos la inclusión en el Plan de Desarrollo del artículo 253, que es para la construcción de la política pública para el campesinado, para el reconocimiento de la igualdad material y el campesinado como sujeto de protección especial constitucional. Él me decía que había muchos avances que sacar desde la parte jurídica y decía que necesitaba que escribiéramos. Sentía que no se estaba construyendo una verdad sobre lo que había padecido el campesinado en Colombia, y sobre todo en esta zona del suroccidente.

Aparentemente era un tipo serio, pero se reía mucho con nosotros. Óscar todo el tiempo le echaba cuentos o le contaba todo con anécdotas y dichos. Eso le gustaba mucho. Uno a veces pensaba que estaba cansado, agotado, a ratos como ausente, pero tenía un ojo... Uno le decía tres palabras, y él ya tenía una pregunta. Lo leía a uno con agudeza.

La última vez que fui a Bogotá me dijo que quería contar la historia de la violencia del suroccidente por medio de la vida de Óscar. Decía: “Es un tipo excepcional, cuenta las cosas de una manera...”. Estaba haciendo un relato para la Comisión de la Verdad, y quería hacerlo a través de la vida de Óscar como un campesino, maestro, luchador de los derechos del campesinado y los sectores populares del suroccidente, porque Óscar ha sido un dirigente desde

hace muchos años. Alfredo encontraba mucha riqueza en el lenguaje de Óscar, y lo entrevistó. Ahí sí grabó. Fueron dos días seguidos de conversaciones. Fue allá en una casa en el campo de la familia de Óscar, en lo alto de la montaña. Queríamos un lugar donde estar tranquilos y también sentir, hablar desde un lugar así.

El pasado agosto me dijo que quería continuar la entrevista con Óscar y que quería llevar a la nieta para que conociera el macizo. Fuimos postergando y postergando la fecha. El relato con Óscar quedó pendiente. Luego me dijo que hiciéramos unos encuentros regionales sobre el campesinado para la Comisión de la Verdad y que fuera en el suroccidente, en La Vega. Estábamos en esas y el 17 de agosto nos hicieron un atentado. Se lo hicieron a Óscar, y yo venía con él. Al otro día Alfredo se enteró, me llamó y me preguntó cómo estaba. Le dije que bien. Como que había cosas que no le podía decir, pero él las entendía. Me dijo que lo del encuentro seguía firme. Yo le dije que sería un buen espaldarazo.

Esa mañana que me enteré de que había muerto, le dije a Óscar que yo sentía que con él se nos iban las esperanzas sobre muchas cosas que habíamos pensado para lo del campesinado. A veces la gente dice que hay personas que no son tan indispensables y que lo importante es seguir haciendo el trabajo, pero yo siento, con franqueza, que en la Comisión de la Verdad, por ejemplo, no hay una persona con el interés que él tenía por el campesinado y, sobre todo, que contara las cosas así como él las contaba.

Creo que se fue muy temprano. No era el momento para irse. ✦



“No podemos seguir viviendo en
la zozobra, en la parálisis, en la
oscuridad del miedo”

Esta revista especial fue enviada a periodistas y a líderes políticos, sociales y económicos en todo el país. Su producción fue posible gracias a una alianza entre ARCADIA y estas organizaciones: